

LA DESACRALIZACIÓN DE LA SOCIEDAD

¿Contra De Gaulle? Más bien contra Napoleón. Siglo y medio largo lleva Francia metida en el estrecho corsé estatal, centralista, que le puso el emperador. Quiere ahora, al fin, romper las bridas. De Gaulle no es más que un remedo estirado, abullonado, triste y paternal, norteño y cerrado, de aquel creador de imperios y de estados. Es nuestro tiempo. Un tiempo de impostores. Este remedo a Napoleón, aquél a Lenin, el otro a Lincoln, el de más allá a Disraeli o Gladstone. Aquéllos construían, para bien o para mal; éstos recolectan adjetivos de la prensa leal. De Gaulle guarda, como puede, una tradición napoleónica. ¿Qué hizo Napoleón? Un estado prefascista. En sus tiempos, un fuerte estado moderno y nuevo. Le dio un sentido de patria, un sentido de nacionalismo (iba a ser la constante del siglo XIX). Dejó impotentes a los cuerpos legislativos durante el Consulado y los sustituyó por funcionarios de su nombramiento —prefectos, subprefectos, alcaldes—; puso la justicia en manos de sus funcionarios. Se apoderó de la Iglesia: «Sólo la religión puede dar a un estado un apoyo firme y duradero», decía, y nombró obispos que definió como «prefectos morales»; redactó el «catecismo imperial», y cuando el Papa Pío VII le excomulgó (1809), Napoleón le encarceló. Tenía ya experiencia: en 1789 había encarcelado a Pío VI. El «Código Napoleón» quiso ser un compromiso entre el feudalismo y el derecho romano con las conquistas de la revolución: reforzó la propiedad, reforzó la autoridad del padre de familia, apretó la dificultad del obrero (huelgas y sindicatos prohibidos: en 1803, creación de la «Cartilla obrera»). Erigió al estado en amo de la vida intelectual: fue él quien instituyó la censura de prensa, quien sometió a la Universidad al poder del estado (la «Universidad imperial», 1810) como continuación de la reforma de enseñanza que le había permitido la creación de los Liceos (1802). Los intelectuales, al exilio: Madame de Staël, Benjamin Constant, Chateaubriand. Creó la policía política: el nombre de su ministro de policía, Fouché, se ha hecho inmortal. Sus delatores, sus confidentes, estaban en todas partes.

Se ha dicho que, gracias a la organización administrativa de Napoleón, Francia ha resistido bien todas sus crisis políticas. En realidad, todas las reformas políticas de Francia —las restauraciones, la lista numerada de las repúblicas— se han estrellado contra el formidable armazón napoleónico. En realidad, todos los que han llegado al poder lo han respetado. No hay jefe, democrático o dictatorial, que sea capaz de destruir ciertos resortes que aumenten su poder, por oscuros y arcaicos que sean. Este movimiento de ahora, esta «revolución cultural» que precede y simultanea el amplio movimiento obrero, está tratando de romper el centralismo napoleónico. De restaurar las autonomías de ciertos cuerpos. Los médicos ocupan el Colegio de la Orden, los actores los teatros nacionales, los profesores y los estudiantes las Universidades. Y los arquitectos y los ingenieros. Y los periodistas de la radio y la televisión. Los comités de gestión, los comités paritarios, están tratando hoy de quitarse de encima la mano espectral de Napoleón, reencarnada —débilmente— en su sucesor.

Pero, ¿es un fenómeno francés? El 22 de marzo, la Universidad de Nanterre trataba de sacudirse del dictado de Universidad imperial. El 22 de marzo, ese mismo día, Novotny abandonaba, tras una resistencia inútil, la presidencia de Checoslovaquia. Novotny: un remedo de Stalin, muerto trece años antes y superviviente, reencarnado, en unas estructuras estatales cerradas y estériles. Ese día, y otros días antes y después, en Alemania Federal, los estudiantes luchaban en la calle. ¿Era a Kiesinger a quien acusaban? Pero, ¿quién es Kiesinger? Una alargada, diafrazada, pálida sombra de Hitler, muerto veintitrés años atrás; y no ya por él, sino porque las estructuras nazis han prevalecido bajo un barniz de de-

mocracia: porque los neonazis crecen en cada elección, porque los «konzern» capitalistas se multiplican, porque la prensa encierra su libertad en un monopolio. Desnapoleización, desnacificación, desestalinización... Al Este y al Oeste, se trata de un solo movimiento: frente al estado que «ofrece bienes de consumo al pueblo y le llama a eso libertad», como alguien ha dicho en estos días. O, como ha dicho en Londres Neal Ascherson, frente «al sistema que adapta la educación —o lo que se le parece— a la producción masiva de tecnócratas dóciles; al sistema de partido que suplanta la verdadera democracia; a la represión enmascarada de tolerancia». Frente a ello, con comités de gestión. Hannah Arendt ha escrito: «Donde esos consejos aparecen, la burocracia entera del partido, desde la extrema izquierda a la extrema derecha, los trata con la máxima hostilidad. Pero más típico aún es la manera extrañamente persistente en la que el pueblo los sigue proponiendo cada vez que puede elevar su voz». Así está pasando en Francia. Así ha pasado en Checoslovaquia, aunque el poder ha cedido con cierta rapidez. Así ocurre con los «Basisgruppen» de las Universidades de Berlín y de Alemania Federal, y en la Universidad británica de Essex, y en los «campus» de las Universidades de Estados Unidos, y en la Universidad italiana de Bari. Es un movimiento internacional.

¿Dirige alguien ese movimiento internacional? Pompidou, en su agudo diálogo con el diputado comunista Pierre Cot en la Asamblea —22 de mayo—, ha insistido en que «venía del extranjero» la agitación. Y Francia, ¿no ha extendido nunca agitación? Es una manera torpe de cubrirse. Ciertamente, grupos de la SDS (liga socialista de estudiantes de Alemania) ha enviado delegados a Nanterre; se les ha visto en la manifestación londinense de Grosvenor Square; el propio Rudi Dutschke fue a Praga en el mes de marzo, luego a Italia. Ahora, el francés Cohn-Bendit se ha ido a Amsterdam, a hablar allí a los estudiantes, a los jóvenes. ¿Se puede hablar, por ello, de conspiración internacional? Las policías de todos los países se comunican entre sí, urgentemente, los movimientos de estos revolucionarios: ¿se puede hablar, por ello, de conspiración policíaca internacional? Lo único que realmente pasa es que el mundo se internacionaliza. Si el siglo de Napoleón fue el de las nacionalidades, o el de los nacionalismos, éste pretende ser el del internacionalismo: le cuesta trabajo —como le costó al otro— romper sus antiguas cáscaras, cambiar de piel. Se podría trazar una línea de este movimiento: desde la invención de la frase «poder estudiante» (Universidad de Berkeley, 1964) hasta nuestros días. Pero, claro, esto no es una novedad.

Una sociedad envejecida —de veinte, de treinta, de ciento cincuenta años— está siendo atacada por una sociedad nueva. ¿Un conflicto de generaciones? El término es dudoso. La «revolución cultural» de Francia sobrepasa el problema de la edad de sus participantes. No son sólo ya los estudiantes: son las víctimas de la tecnocracia, los obreros y los técnicos, superiores o inferiores —hasta un premio Nobel, Monod, participa—, quienes luchan contra la «docilidad» que se les quiere imponer. Por otra parte, existe una proletarianización de los estudiantes. Su propia masa —en diez años, la población estudiantil americana ha pasado de dos millones y medio a siete millones; en Alemania Federal, de ciento diez mil a quinientos mil; en Gran Bretaña, de doscientos dieciséis mil a cuatrocientos dieciocho mil; en Francia, de doscientos mil a quinientos quince mil— amplía su base, produce su opresión. Se convierten en «materia prima» para las necesidades del estado; se prescinde de su voluntad para dirigirlos hacia donde conviene a la producción de la sociedad de consumo y, al mismo tiempo, se les despolitiza: es decir, se les desindividualiza, se les aparta de la participación en la marcha del estado. Sus problemas, en ese aspecto, son similares a los del obrero que no participa en la gestión de la empresa en que trabaja y de la que, sin embargo, depende su vida. Esta es una de las claves de la situación.